

Oración al Justo Juez



Señor Jesucristo, Divino y Justo Juez de vivos y muertos. Eterno Sol de Justicia encarnado en el casto Vientre de la Virgen María, por la salud del linaje humano. Justo Juez, Creador del Cielo y de la Tierra, y muerto en la Cruz por mi amor:

Tú, que fuiste envuelto en un Sudario y puesto en un Sepulcro del que al tercer día Resucitaste, Vencedor de la muerte y del infierno, Justo y Divino Juez, oye mis súplicas, atiende a mis ruegos, escucha mis peticiones... y dales favorable despacho.

Tu Voz Imperiosa serenaba las tempestades, sanaba a los enfermos y resucitaba a los muertos, como a Lázaro y al hijo de la viuda de Naim. El Imperio de Tu Voz ponía en fuga a los demonios, haciéndolos salir de los cuerpos de los poseídos y daba vista a los ciegos, habla a los mudos, oído a los sordos y perdón a los pecadores, como a la Magdalena y al paralítico de la piscina.

Tú Te hiciste invisible a los enemigos. A Tu Voz retrocedieron, cayendo por tierra en el Huerto, los que fueron a aprisionarte. Y cuando espirabas en la Cruz, a Tu Poderosa Voz se estremecieron los orbes. Tú abriste las cárceles a Pedro y lo sacaste de ellas sin ser visto por la guardia de Herodes. Tú salvaste a Dimas, el ladrón arrepentido, y perdonaste a la adúltera.

Te suplico, Justo Juez, me libres de todos mis enemigos visibles e invisibles: La Sábana Santa en que fuiste envuelto, me cubra; Tu Sagrada Sombra, me esconda; el Velo que cubrió Tus Ojos, ciegue a los que

me persiguen; y los que me desean mal, ojos tengan y no me vean; pies tengan, y no me alcancen; manos tengan, y no me tienten; oídos, y no me oigan; lengua tengan, y no me acusen y sus labios enmudezcan en los tribunales, cuando intenten perjudicarme.

¡Oh, Jesucristo, Justo y Divino Juez! Favoréceme en toda clase de angustias y aflicciones, lances y compromisos, y haz que al invocarte y aclamar al imperio de Tu Poderosa y Santa Voz, llamándote en mi auxilio, las prisiones se abran, las cadenas y los lazos se rompan, los grillos y las rejas se quiebren, los cuchillos se doblen y toda arma que sea forjada en mi contra se embote e inutilice.

Ni los caballos me alcancen, ni los espías me miren ni me encuentren. Tu Sangre me bañe, Tu Manto me cubra, Tu Mano me bendiga, Tu Poder me oculte, Tu Cruz me defienda, y sea mi Escudo en la vida y en la hora de mi muerte.

¡Oh, Justo Juez, Hijo del Eterno Padre!, Quien con Él y con el Espíritu Santo eres Un Solo Dios Verdadero. ¡Oh, Verbo Divino, hecho Hombre!: Yo Te suplico me cubras con el Manto de la Santísima Trinidad para que, libre de todos los peligros, glorifiques Tu Santo Nombre. Amén.⁸⁴

Bendición

† Que la Bendición del Padre, el Amor del Hijo, la Fuerza del Espíritu Santo, la Protección Maternal de la Reina del Cielo, la asistencia de los Santos Ángeles y la intercesión de todos los Santos, estén con nosotros y permanezcan con nosotros, para siempre y en todas partes. Amén.

⁸⁴ Esta oración es muy eficaz para librarse de enemigos, persecuciones, guerras, prisiones, pestes y toda clase de peligros como lo demuestra la experiencia de más de tres siglos. Con ella los Cristianos recobraron los Lugares Santos, sin que pereciera ni uno solo de los que rezaban con devoción y fe esta oración. Esta oración fue encontrada grabada en una plancha de oro en el Monte Calvario; enterrada junto al peñasco en que se fijó la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. La descubrió el Príncipe Godofredo Boullón en la guerra que emprendió contra los mahometanos, para rescatar los Santos Lugares de Jerusalén. Con esta oración, el citado Príncipe, se hizo invisible en varios encuentros que tuvo con los Turcos, y lo mismo su cristiano ejército. Vencieron a millón y medio de impíos mahometanos, siendo ellos solamente trescientos soldados cristianos.